

HISTORIA DE MIS LIBROS

EL «POCA-COSA (I).»

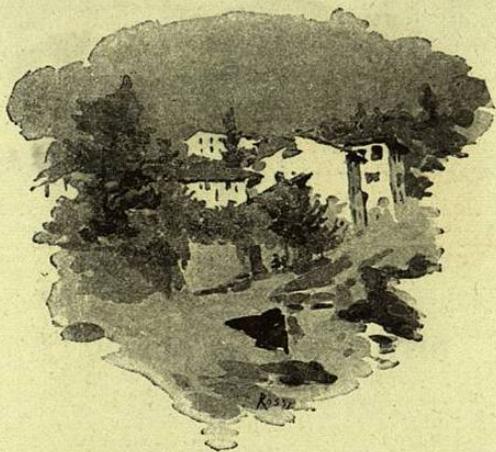
Ninguno de mis libros ha sido escrito en condiciones tan caprichosas, tan desordenadas como ése. Ni plan, ni notas; una furiosa improvisación sobre grandes hojas de papel de embalar, arrugado, amarillo, por donde, al correr, tropeza-

(1) *Le Petit-chose.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

ba mi pluma, hojas que tiraba yo furiosamente al suelo á medida que las iba llenando. Esto ocurría á doscientas leguas de París, entre Beaucaire y Nimes, en un caserón de campo, desierto, perdido,



que unos parientes habían tenido la bondad de poner á mi disposición durante unos cuantos meses del invierno. Había yo ido allí en busca de las últimas escenas de un drama cuyo desenlace no acababa de salirme; pero la paz y la tristeza

de aquellas grandes llanuras, aquellos campos de moreras, de olivares, de viñas, que forman ondulaciones del terreno y llegan hasta el Ródano; la melancolía de aquel retiro en plena naturaleza, no favo-



recían mucho para hacer una obra teatral.

Probablemente también los aires del país, el sol de mi tierra, la proximidad á la ciudad donde nació, los nombres de aquellos pueblecillos donde jugaba yo cuando chiquillo, Bezouces, Redessan y

Jonquières, revolvieron en mí todo un mundo de antiguos recuerdos; y pronto dejé mi drama para ponerme á escribir una especie de autobiografía: *El Pocacosa, historia de un niño*.

Comenzado en los primeros días de Febrero de 1866, aquel fogoso trabajo fué hecho de un tirón y sin parar hasta la segunda quincena de Marzo. En ninguna parte, en ninguna época de mi vida, ni siquiera cuando un capricho de silencio y de aislamiento me encerraban en la torre de un faro, he vivido tan completamente solo. La casa estaba lejos del camino, metida en el campo, separada hasta de la granja de donde dependía, y los ruidos de la cual no llegaban hasta mí. Dos veces al día la mujer del colono me servía la comida en un rincón de la anchurosa sala comedor, que tenía cerradas todas las ventanas menos una. Aquella provenzal, tartamuda, negra, con la nariz desparramada como la de un cafre, como no comprendía la extraña tarea que me había llevado al campo en pleno invierno, me miraba con cierta desconfianza y terror, servía los platos

de prisa y corriendo, se iba sin decir una palabra, y procurando no volver la cabeza atrás. Y esa era la única cara que ví mientras duró aquella vida de anacoreta; con la única distracción de salir al anochecer á dar una vuelta por las alamedas de plátanos, que sacudían sus hojas al viento y que crecían bajo un sol frío y rojizo, saludado, al ponerse, por los discordantes chillidos de las ranas.

Tan luego como terminé el borrador de mi libro, empecé á copiarlo, que es la parte dolorosa del trabajo, y sobre todo contraria á mi naturaleza de improvisador y de aficionado á escribir lo que sale. Ocupado con verdadero encarnizamiento estaba yo en aquella ingrata tarea, con el valor de un héroe, cuando una mañana me sorprendió la mujer del colono diciéndome en el áspero dialecto del país: «Señor, aquí hay un hombre.»

El hombre era un parisiense, un periodista que había venido á cierto concurso regional que se celebraba en un pueblo de los alrededores, y que, sabiendo que andaba yo por allí, no quiso marcharse sin noticias mías. Almuerza conmigo; char-

lamos de periódicos, teatros y boulevares; me acomete de pronto la fiebre de volver á París, y por la noche emprendo el viaje con mi intruso.

Aquella brusca parada en medio del trabajo; aquel abandono de la tarea en los momentos críticos, da idea exacta de lo que era mi vida en aquellos tiempos, abierta á todos los vientos, sin tener más que cortos arranques, veleidades en lugar de voluntades, y sin más guía ni más norma que su capricho y el ciego frenesí de una juventud la cual parecía que no iba á terminar nunca.

De regreso en París, dejé durante mucho tiempo que aquel manuscrito acabase de amarillear en el fondo de un cajón, porque no encontraba, en medio de los vaivenes de mi existencia agitada, tiempo para dedicarlo á una obra larga; pero al invierno siguiente, perseguido por la idea de que aquel libro estaba allí sin concluir, adopté el violento partido de sustraerme á las distracciones, á las bulliciosas invasiones que hacían por aquel tiempo de mi casa indefensa un verdadero rancho de gitanos, y fui á insta-

larme á casa de un amigo, en el cuartito que Juan Duboys ocupaba entonces en el entresuelo del hotel Lassus, plaza del Odeon.

Juan Duboys, á quien sus obras dramáticas y novelas daban alguna notoriedad, era un buen chico, de carácter dulce, tímido, con sonrisa de niño y barba de Robinsón; una barba salvaje, crespa, que no parecía pertenecer á aquella cara. Su literatura no tenía carácter, pero me agradaba su bondad; admiraba el valor con el cual emprendía el trabajo de hacer novelas interminables, cortadas con anticipación en partes regulares, y de las cuales escribía diariamente un número determinado de palabras, de líneas y de páginas.

Había puesto en escena, en la Comedia Francesa, una obra larga, titulada *La Voluntad*; y aunque expresada en malísimos versos, aquella voluntad me imponía á mí, que tanto carecía de ella. Por eso fui á refugiarme al lado de su autor, con la esperanza de adquirir afición al trabajo al contacto de aquel productor infatigable.

El hecho es que durante dos ó tres meses trabajé de lo lindo, en una mesita puesta al lado de la suya, á la luz que entraba por una ventana arqueada y pequeña, desde la cual se veía el Odeon y su pórtico, y la desierta plaza reluciente de escarcha. De cuando en cuando Duboys, que trabajaba en no sé qué gran máquina de sorpresas, se interrumpía para contarme las combinaciones de la novela ó explicarme sus teorías sobre *el movimiento cilíndrico de la humanidad*. En aquel metódico y bondadoso burócrata había, con efecto, tendencias de visionario, de ilusionario; del mismo modo que en su biblioteca había estante dedicado á libros de cábalas, magia negra y á las más estrambóticas lucubraciones.

Andando el tiempo, aquella hendidura de su cerebro se agrandó, y dejó penetrar la locura en él; el pobre Juan Duboys murió loco al terminar el sitio de París, sin haber terminado su gran poema filosófico *Enceldonne*, en el cual toda la humanidad debía evolucionar sobre su cilindro. Pero ¿quién había de prede-

cir entonces el triste fin que estaba reservado á aquel muchacho excelente, tranquilo, razonable, al cual contemplaba yo con envidia cuando llenaba con su menudísima letra las innumerables cuartillas de una novela de folletín, mirando, reloj en mano y de hora en hora, si había hecho toda su tarea?

Aquel invierno hubo grandes heladas, y á pesar del carbón que consumíamos en la chimenea, veíamos, en el curso de aquellas veladas laboriosas é indefinidamente prolongadas, los fantásticos dibujos que la escarcha hacía en los cristales de la ventana. Por fuera erraban, entre la opaca bruma de la plaza, multitud de frías sombras; eran las de la gente que salía del Odeon, ó la de los jóvenes que subían hacia Bullier dando gritos para alumbrarse. Las noches de baile de máscaras la estrecha escalera del hotel se conmovía con los desenfundados brincos de los máscaras, cada uno de los cuales iba acompañado del ruido producido por los cascabeles del gorro de alguna máscara en traje de Locura. El mismo gorro de Locura nos recordaba, allá

á las altas horas de la madrugada, que estábamos en Carnaval; y muchas veces, cuando los camareros del hotel tenían el sueño pesado y tardaban en abrir, oía yo sonar los cascabeles con movimientos de desanimación y cansancio, que me recordaban la *barrica de amontillado* de Edgardo Poe, en aquel pobre constipado, cansado de suplicar, de gritar, y que sólo delataba su presencia por las últimas convulsiones del gorro que llevaba puesto. He conservado un agradable recuerdo de aquellas noches de invierno, durante las cuales fué escrita la primera parte de *El Poca-Cosa*. La segunda parte la hice mucho tiempo después. Entre una y otra, se coloca un acontecimiento muy inesperado, para mí grave y decisivo: me casé. ¿Cómo sucedió esto? ¿Por virtud de cuál sortilegio yo, que era un endiablado bohemio, me encontré hechizado y cogido? ¿Qué varita de virtudes supo fijar al que era el capricho personificado?

Durante muchos meses volvió á estar abandonado el manuscrito, olvidado en el fondo de los muebles que llevamos á

nuestro viaje de novios, colocado sobre las mesas de las fondas, al lado de un árido tintero y de una pluma seca. ¡Era tan hermoso pasear bajo los pinos del Estérel, tan agradable ir á pasear á las rocas de Pormieu! Luego la instalación del matrimonio, la novedad de aquella vida íntima, el nido que había que hacer y adornar. ¡Cuántos pretextos para no trabajar!

Hasta que llegó el verano, bajo las sombras del castillo de Vigneux, del cual se ve la techumbre italiana y el arbolado desde el llano de Villanueva de San Jorge, no me puse de nuevo á trabajar en mi interminable novela. Seis meses deliciosos lejos de París, revuelto entonces por aquella Exposición de 1867 que ni siquiera quise ir á visitar.

Escribía yo *El Poca-Cosa*, unas veces sobre un banco lleno de musgo en el fondo del jardín, distraído de vez en cuando por los saltos de los conejos, el ruido de las culebras al arrastrarse por entre la maleza; otras en un bote en el estanque, que se teñía con todos los colores del arco iris bajo aquel purísimo cielo de estío;

y otras, los días de lluvia, en nuestro cuarto, donde mi mujer tocaba piezas de Chopin, que desde entonces no puedo oír nunca sin recordar el ruido de las gotas de lluvia al caer sobre las verdes hojas de un jardín, el ronco graznido de los pavos reales, el piar de los faisanes, y entre el olor de flores y de madera mojada. Aquél otoño el libro, terminado al fin, vió la luz en el folletín del *Petit Moniteur*, de Pablo Dalloz, fué publicado en la colección Hetzel, y tuvo algún éxito, á pesar de lo que le falta. Ya he dicho de qué modo fue emprendida aquella mi primera obra, larga, sin reflexionar, á vuela pluma; pero su mayor defecto fué indudablemente el estar escrita antes de tiempo. No se está maduro á los veinticinco años para repasar y anotar su propia vida. Y *El Poca-Cosa*, sobre todo en su primera parte, no es más que eso: un eco de mi infancia y de mi juventud.

Más adelante hubiera temido menos etdenerme en las niñerías de los comienzos y hubiera dado más desarrollo á esos lejanos recuerdos, en los cuales están nuestras impresiones iniciadoras tan vi-

vas, tan profundas, que todo lo que viene después de ellas las renueva sin traspasarlas. En el movimiento de la existencia, en el flujo y reflujo de los días y de años, los hechos se pierden, se borran, desaparecen; pero ese pasado queda en



pie, luminoso, bañado por la aurora. Podrá olvidarse una fecha reciente, una cara vista ayer; pero se recuerda siempre el dibujo que tenía el papel de las paredes del cuarto donde se dormía cuando se era niño, un nombre, una canción de cuando no se sabía leer. ¡Y qué lejos va la memoria en esos pasos hacia atrás,

franqueando años, vacíos y lagunas, como sucede cuando se sueña!

Yo, por ejemplo, tengo un recuerdo de cuando tenía tres años: unos fuegos artificiales de Nîmes un día de San Luis, los cuales vi yo en brazos en lo alto de una colina donde había muchos pinos. Están presentes en mi memoria los más insignificantes pormenores: el murmullo de los árboles, agitados por el viento de la noche—indudablemente la primer noche que pasaba yo fuera de casa,—el éxtasis entusiasmado de la muchedumbre, los «jah!» que subían, estallaban y caían con los cohetes, y las bengalas cuyos reflejos iluminaban con palidez de fantasma las caras de las gentes que había en torno mío.

Me veo, poco más ó menos, en la misma época, subido en una silla delante del encerado de una clase y trazando letras con tiza, orgulloso de mi precoz sabiduría.

¡Y la memoria de los sentidos, esos sonidos, esos olores que os llegan de lo pasado, como si viniesen de otro mundo, sin que haya ni la menor traza

de acontecimiento ni de emoción que los produzca!

Allá en lo último del edificio donde *El Poca-Cosa* pasó su infancia, cerca de unas habitaciones abandonadas, cuyas puertas hacía crujir un viento de soledad, había grandes adelfas, plantadas en la tierra, esparciendo amargo olor, que me persigue todavía hoy después de cuarenta años. Yo quisiera que las primeras páginas de mi libro tuviesen algo más de ese olor.

Están también demasiado cortados los capítulos acerca de Lyon, y en ellos he dejado perder muchas sensaciones vivísimas y preciosas. No porque mis miradas de niño hayan podido apreciar la originalidad, la grandeza de esa ciudad industrial y mística, con la niebla permanente que sube de sus ríos y penetra por sus paredes; con su raza, que esparce una vaga melancolía germánica hasta en las producciones de sus escritores; Ballanche, Flandrin, de Laprade, Chenavard, Puvis de Chavannes. Pero si la personalidad moral del país escapaba á mi penetración, la enorme colmena obre-

ra de la *Croix-Rousse*, con el zumbido de sus cien mil trabajadores, y en la colina que se levanta enfrente Fourvières repicando sus campanas y haciendo procesiones por las callejuelas estrechas que le dan acceso, llenas de imágenes religiosas y de puestos ambulantes de reliquias, han dejado en mí recuerdos indelebles que tenían sitio marcado en *Poca-Cosa*.

Lo que sí noto, bastante fielmente notado, es el fastidio, el destierro, la desesperación de una familia meridional perdida entre aquellas brumas de Lyon; el cambio de una provincia á otra; clima, costumbres, lengua; esa distancia moral que las facilidades de comunicación no pueden suprimir nunca. Tenía yo entonces diez años, y ya, atormentado por el deseo de salir de mí mismo, de encarnar en otros seres mi naciente manía de observación, de anotación humana, mi gran distracción durante mis paseos era escoger un transeunte cualquiera, seguirlo por todo Lyon, en sus excursiones de vago ó de hombre de negocios, procurando identificarme con su

vida y comprender sus preocupaciones íntimas.

Un día que había escoltado de esa manera á una señora muy guapa y con un traje vistosísimo hasta una casita baja que tenía las persianas cerradas (en el entresuelo de la cual había un café, de donde salía el ruido de voces roncadas que cantaban acompañadas por arpas), mis padres, á quienes daba yo cuenta de mi sorpresa, me prohibieron que continuase haciendo estudios errantes y observaciones á lo vivó.

Pero ¿cómo he podido, al anotar las etapas de mi adolescencia, no decir una palabra de las crisis religiosas que entre los diez y los doce años sacudieron cruelmente al *Poca-Cosa*, de sus rebeliones contra lo absurdo y lo misterioso en que había que creer, rebeliones seguidas de remordimientos, de desesperaciones, que hacían que el niño se prosternase en los rincones de una iglesia, en la cual entraba furtivamente como temeroso ó avergonzado de que lo viesen? ¿Cómo, sobre todo, he podido dejar á la apariencia de aquel chiquillo esa dulzura, ese

comedimiento, sin contar la diabólica existencia á que se entregó bruscamente á los trece años de edad, al sentir una desenfrenada necesidad de vivir, de gastarse, de arrancarse á las disimuladas tristezas, á las lágrimas que lo ahogaban en la casa de sus padres, de día en día más sombría á causa de los infortunios de la ruina? Era la efervescencia de temperamento meridional y de imaginación demasiado constreñida. El niño delicado y tímido se transformaba entonces y se volvía osado, violento, dispuesto á todas las locuras. Faltaba á clase, pasaba el día embarcado entre los grumetes y chiquillos del muelle, remaba, con la pipa en la boca, con un frasco de aguardiente ó de ajeno en el bolsillo, corría mil peligros de muerte, ya entre las ruedas de un vapor, ya en el choque de una barca cargada de carbón, ya arrastrado por las corrientes contra los pilares de un puente ó contra las amarras de un barco, y caía al agua y estaba para ahogarse, y lo sacaban otra vez con una herida en la frente, golpeado por los marinos, á quienes exasperaba la torpeza

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE MONTEPERREY, 1025

de aquel chiquillo, demasiado endeble para soportar las fatigas de aquel oficio; y en aquellos peligros, en aquellos golpes, en aquellas fatigas sentía cierto goce salvaje, cierto ensanche de su ser y de sus sombríos horizontes.



Algunos *Cuentos del lunes* han abocado más tarde los días aquellos de vida turbulenta; pero hubieran tenido mucho más valor en la *Historia de un niño*.

Había ya en ese endemoniado *Poca-Cosa* una singular facultad que no ha perdido nunca, un dón de verse, de juzgarse, de cogerse *in fraganti* en toda clase

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE MONTEPERREY, 1025

de faltas, como si hubiera ido siempre acompañado de un vigilante feroz y terrible. No era la conciencia, porque la conciencia sermonea, regaña, se mezcla en nuestras acciones, las modifica ó las evita. Y además, se la adormece también á esa pobre conciencia con excusas fáciles ó con subterfugios, en tanto que el testigo del cual hablo yo no se ablandaba jamás, no se mezclaba en nada, no hacía más que vigilar. Era algo así como una mirada interior, impasible y fija, un doble ser inerte y frío que en los más violentos desatinos del *Poca-Cosa* lo observaba todo, tomaba notas, y le decía al día siguiente: «Vamos á cuentas los dos solos.» Leed el capítulo titulado: «¡Ha muerto! ¡Rezad por él!» el cual es una página de mi vida absolutamente verdadera. Así es como supimos la muerte de mi hermano mayor, y aún tengo en mis oídos el grito del pobre padre al adivinar que su hijo acababa de morir; grito tan angustioso, tan terrible, tan conmovedor, que toda la noche aquella me la pasé llorando, y me sorprendí á mí mismo muchas veces repitiendo:

«Ha muerto...» con la misma entonación con que lo dijo mi padre. Entonces me fué revelada la existencia de ese doble ser que había en mí, del implacable testigo que en medio del mismo duelo había retenido, como el teatro, la precisa entonación de un grito de muerte, y la ensayaba con mis labios en medio de la desesperación que sentía.

Leyendo ahora mi libro, lamento no encontrar en él ninguna de estas confesiones, sobre todo en la primera parte, en la cual el personaje Daniel Eyssette se me parece tanto.

Si: yo soy ese Poca-Cosa que se ve obligado á ganarse la vida á los dieciséis años con el horrible oficio de pasante de escuela y trabajando en él, allá en el rincón de una provincia de un país de fabricantes que nos enviaba groseros montañesillos que me insultaban en su dialecto acre, duro, brutal. Entregado á las persecuciones de aquellos monstruos, rodeado de santurrones y pedantes, los cuales me despreciaban, hube de sufrir allí las bajas humillaciones del pobre.

No tuve otra simpatía, en aquel dolo-

roso presidio, más que la del cura, á quien llamaba yo el padre Germane, y del feísimo *Bamban*, cuya carilla burlesca, siempre embadurnada de tinta y de barro, parece como que me mira tristemente mientras escribo esto.

Me acuerdo de otro de mis *pequeños*; de naturaleza fina, delicada, exquisita, al cual hacía yo trabajar particularmente, por el solo placer de ver desenvolverse aquella pequeña inteligencia, como se desarrolla una planta en la primavera. Muy agradecido á mis cuidados, el niño me había hecho prometerle que yo pasaría las vacaciones en su casa, en el campo. Sus padres se alegrarían mucho de conocerme y de darme las gracias. Y, en efecto, el día del reparto de premios, después de una porción de triunfos que me debía en gran parte, mi discípulo me cogió de la mano y me llevó hacia donde estaba su familia, el padre, la madre, sus hermanas, muy elegantes y ocupadas en hacer que colocasen todos aquellos premios en un magnífico carruaje. Debía de haber algo que desagradase en mi viejísima ropa y en mi

facha, porque la familia apenas me miró; y el pobrecillo se fué con los ojos hinchados, haciendo pucheros y avergonzado de su decepción y de la mía. ¡Momentos humillantes y crueles que ajan y deshonran la vida! Yo temblaba de rabia en mi cuartucho, mientras el carruaje se llevaba al muchacho cargado de coronas y á los brutales burgueses que tan cobardemente me habían ofendido.

Mucho tiempo después de mi salida de aquel presidio de Alais, me sucedía con frecuencia que me despertaba á media noche, bañado el rostro en lágrimas; es que soñaba que era todavía pasante y mártir. Afortunadamente, aquella cruel manera de entrar en la vida no me ha hecho malo; y no maldigo demasiado aquel tiempo de miseria que me dió fuerzas para soportar sin gran trabajo las duras pruebas de mi noviciado literario y de los primeros años que viví en París. Esos años han sido rudos, y la historia de *Poca-Cosa* no da ninguna idea de ellos.

Por lo demás, no hay nada real en esa segunda parte del libro más que mi lle-

gada con los zapatos rotos y mis medias azules; la acogida fraternal, el ingenioso desinterés de aquella verdadera madre, que se llama Ernesto Daudet (que es su verdadero nombre), figura consoladora de mi infancia y de mi juventud. Exceptuando á mi hermano, todos los restantes personajes son de pura imaginación.

Los modelos no faltaban, sin embargo, y de los más interesantes, de los más raros; pero como he dicho antes, escribí ese libro siendo demasiado joven. Toda una parte de mi vida estaba demasiado cerca de mí; no podía tomar distancia para contemplarla, y como no veía, he inventado. Así, por ejemplo, el *Poca-Cosa* no ha sido nunca cómico; es más, nunca ha podido decir una palabra en público; también le es desconocido el comercio de porcelana. Pierrotte y los ojos negros, la señora del principal, la negra Coucu-blanc, son figuras de fantasía, como dicen los pintores; y les falta, por lo tanto, el relieve y la verdadera articulación de la vida. Lo mismo sucede con las siluetas literarias, en las cuales se ha creído ver personalidades ofensi-

vamente aludidas, en las cuales no he pensado jamás.

Debo señalar, sin embargo, entre las realidades de mi libro, el cuarto aguardillado, cerca del campanario de Saint-Germain-des-Prés, en una casa que ahora está derribada, y al sitio que ocupaba la cual no puedo menos de mirar siempre que paso, buscando el teatro de tantas locuras, tantas miserias, tantas veladas de trabajo y de sombría soledad llena de desesperación.

